

LARVOSIO; DONDE CUENTO BREVEMENTE MI EXPERIENCIA COMO CORRECTOR DE *LARVA* Y REALIZO OTRAS CONSIDERACIONES.

LARVOSIO; WHERE I BRIEFLY TELL MY EXPERIENCE AS A *LARVA*'S CORRECTOR AND I MAKE OTHER CONSIDERATIONS.

Alejandro HERMOSILLA

www.averiadepollos.com

absalon136@gmail.com

Resumen: El artículo está basado en mi particular experiencia como corrector de *Larva*. Una novela parecida a un ser vivo y diferente a la mayoría de libros que provoca lecturas e interpretaciones anómalas como he podido experimentar durante mi trabajo. *Larva* siempre nos dice, señala, sugiere algo nuevo y diferente. Es una novela condenada a ello. No importa cuántas veces se la lea. En este artículo profundizaré en cuál ha sido mi relación con la novela como corrector.

Palabras clave: *Larva*, literatura, vida, corrección, interpretación.

Abstract: The article is based on my particular experience as a *Larva*'s corrector. A novel similar to a living being and different from most of the books as it causes anomalous readings and interpretations as I have been able to experience during my work. *Larva* always tells us, points out, suggests something new and different. It is a novel doomed to it. It doesn't matter how many times you read it. In this article I will delve into what has been my relationship with the novel as a corrector.

Key Words: *Larva*, literature, life, correction, interpretation.

El primer indicio de que mi experiencia como corrector de *Larva* sería muy diferente a la que tuve como lector varios años atrás, se produjo cuando me encontré repentinamente con una frase que hacía referencia a un malicioso jardinero.

El método de trabajo que Víctor Gomollón, el editor al mando de Jekyll & Jill, y yo habíamos establecido para llevar a cabo nuestro trabajo era muy sencillo. Cuando yo hallaba una falta en el original o la nueva versión o tenía una duda, la señalaba en un pequeño agregado al texto. Sinceramente, no soy yo mucho de bromear. Únicamente me permito reírme cuando he terminado un trabajo o ha visto a luz una publicación. Mientras realizo una labor, me encuentro habitualmente en tensión. No me gusta relajarme. Pero debido a que había publicado mi anterior novela, *El jardinero*, precisamente en Jekyll & Jill y que la misma se encontraba protagonizada por un diabólico podador de plantas, me permití hacer un pequeño inciso y añadir una nota en la que le recalaba a Víctor esa extraña y mágica coincidencia entre el libro de Julián Ríos y el mío.

Su respuesta no fue demasiado explícita. Pero tampoco fue precisamente indiferente. Mas bien, fue misteriosa. Comentaba algo de pasada sobre una experiencia cabalística durante su lectura de *Larva* a lo que tampoco di mucha importancia. Aunque posteriormente, durante una llamada telefónica, me especificó con más detalle a lo que se refería. Me indicó con cierta sorpresa un hecho que le había estado ocurriendo durante la diagramación de la novela de Ríos que no le había sucedido con ninguno de los muchos libros en los que había trabajado. Esto es; que, repentinamente, aparecían frases, expresiones, palabras que parecían estar íntimamente relacionadas con su vida personal y en ocasiones también con los sucesos de actualidad. Víctor, por ejemplo, me indicó lo mucho que le había sorprendido encontrarse con una expresión como vacas locas muchos años antes de que se popularizara y a mí me llamaba también bastante la atención darme de bruces de tanto en tanto con palabras como mascarilla o pandemia. No tanto porque ambas fueran raras o poco usadas en los años ochenta sino porque confrontarme con ellas en pleno auge del coronavirus, me resultaba (teniendo en cuenta la singular experiencia que relataré), de todo menos casual.

En realidad, cuando se produjo esta conversación, mi trabajo había avanzado considerablemente y me había encontrado, además de la ya referida frase sobre el maligno jardinero, con diversas coincidencias en este sentido. Por ejemplo, horas antes de hablar con un amigo abogado de la infancia, habían aparecido frente a mí varias palabras relacionadas con asuntos judiciales. Un hecho que también me había ocurrido en otros momentos con diferentes temas. Tenía una pequeña discusión con alguien y, de repente, me encontraba frente a mí con unas frases sobre el enojo o el malhumor. Hacía el ademán de leer un clásico y múltiples referencias a esa obra aparecían allí. Hablaba con mi tía por teléfono y, minutos después, alguien hacía alusión a ese mismo pariente en los párrafos que estaba corrigiendo.

Ciertamente, estoy simplificando mucho. Las referencias que encontraba en el libro (o más bien aparecían sin motivo aparente) eran muchísimo más personales, tan íntimas que me da rubor

mencionarlas. Aclaración que hago para que no se crea que las referencias del texto eran las habituales que se suelen hallar cuando pasamos muchas horas diarias analizando un libro. No. En este caso, eran mucho más profundas e incisivas. Tanto que el calificativo que mejor se ajustaba a ellas era el de mágicas. Así que, obviamente, mi sorpresa no se produjo tanto por la afirmación de Víctor como por el hecho de que ambos estuviéramos experimentando vivencias similares con la novela de Ríos sin estar predispuestos para ello de ninguna manera. De hecho, aunque supongo que se sobreentiende, creo que es conveniente especificar que, en ningún caso, estos hallazgos se realizaban de forma forzosa. Yo no iba nunca en busca de ellos (y presumo que Víctor tampoco) sino que aparecían ante nosotros de manera completamente natural. Esto es; como si en cierto sentido, fueran encuentros fortuitos pero inevitables. Guiados por una viva inteligencia presente en el texto que, de no ser porque ambos conocemos (aunque sea superficialmente) la tradición cabalística y somos conscientes del poder simbólico de ciertos libros, podíamos haber atribuido perfecta (y creo que ilusamente) a temas espirituales.

De algún modo, pronto tomé conciencia de que los dos estábamos siendo leídos (o psicoanalizados) por *Larva*. Nuestros temores, deseos y preocupaciones (y supongo que también los de personas cercanas a nosotros) aparecían diariamente ante un libro que nos devolvía nuestra mirada en su ondulante espejo de símbolos y movedizas grafías. En otras palabras, habíamos establecido contacto con una parte viva de la novela que entiendo que tal vez ni el propio Ríos conozca o pueda precisar con exactitud, aunque teniendo en cuenta su poliédrica estructura, su esponjosa prosa y su sinuoso despliegue verbal, era muy factible que, antes o después, fuera detectada por alguien. O tal vez sería mejor decir descubierta. Porque *Larva*, queda claro, es una aventura literaria. Una selva de vocablos nuevos, idiomas distintos y parecidos a sí mismos, prefijos convertidos en sustantivos y sufijos transformados en verbos que conduce la lengua española más allá que casi ningún libro escrito hasta ahora. Transformándola en una trampa, una enredadera, un pantano, un río, un vendaval entre el que resulta muy difícil orientarse o encontrar certezas. Y por lo tanto, lo más lógico es hallar todo tipo de sorpresas. Incluso lecturas como la que estoy sosteniendo que puede —repito— que ni tan siquiera el propio Ríos hubiera tenido en cuenta (tampoco de manera inconsciente) mientras creaba su singular laberinto festivo; su frondoso festín lingüístico.

Una circunstancia por cierto que logró que una experiencia (la corrección de un libro) que prometía ser cansina y rutinaria se convirtiera en excitante. Y que la disfrutara de una manera especial. Como el viajero que penetra en linderos nunca antes visitados. Puesto que, en cierto modo, la aparición de esas palabras, frases y párrafos que conectaban sorprendentemente con mi mundo interior (con todo aquello que me estaba ocurriendo en el momento presente), provocaba que esta corrección tuviera un interés personal, casi metafísico, que nunca me hubiera planteado en los inicios del trabajo.

En primer lugar, porque me hacía vislumbrar que no era casual que yo me encontrara allí. Existía una relación especial entre el libro y yo. *Larva* me aceptaba. O más bien, la criatura larva me deseaba y necesitaba. Me había reconocido como digno de ella de un modo similar (permítanme por favor que deje volar mi imaginación a mi antojo) a como lo hacía aquella zona descrita en la novela de los

hermanos Strugatski y el filme de Andrei Tarkovski con el *stalker* que se adentraba en su territorio. Así que iba constantemente emitiendo fluidos en formas de palabras clave en las que veía reflejada mi vida y que funcionaban de un modo parecido a como lo hace el líquido amniótico para el feto.

Otra cosa es que yo entendiera lo que deseaba decirme *Larva*. Aunque en ocasiones sí que estaba bien claro lo que manifestaba, tal y como pude comprobar a mitad de mi trabajo con el siguiente caso. Según creo, Víctor me tuvo en mente como uno de los posibles candidatos a realizar esta labor desde que tuvo conciencia de la enorme empresa en la que se habían embarcado. Pero estoy convencido que no se decidió del todo a proponerme este trabajo hasta que no encontró la siguiente expresión (no sé si es necesario recordar que mi apellido es Hermosilla) en el manuscrito: «sonó la hora del hermosillo, lindo amigo!» (Ríos 310). Entiendo que si tenía alguna duda sobre si debía proponerme ayudarle, al darse de bruces con uno de esos típicos mensajes en clave presentes en *Larva*, (a los que me había ido poco a poco acostumbrando), las despejó todas.

Dicho esto, reitero que yo al menos no tenía necesidad de conocer exactamente qué es lo que la novela quería decirme. A mí sinceramente me bastaba con saber que ella (aunque tal vez sería mejor denominarlo «la criatura») y yo estábamos compenetrados. Casi enamorados. En ocasiones, de un modo visceral hasta el punto de que en diez o quince páginas era capaz de vislumbrar un sinfín de aspectos de mi vida. Y en otras, de una manera más pausada (más misteriosa y sosegada si cabe), puesto que, tras una o dos horas de trabajo, me daba de bruces «únicamente» con tres o cuatro detalles y vivencias que prácticamente había olvidado.

Antes de proseguir, quiero reiterar, por si no ha quedado claro, que la experiencia *Larva* ha sido distinta a cualquiera parecida que haya tenido hasta entonces. Creo que porque la pócima verbal de Ríos es única. Irrepetible. *Larva* es una novela que crea sus propios reglamentos y normas y consecuentemente, provoca reacciones, lecturas y sucesos a su alrededor distintos a los de otros libros cuyos objetivos y presupuestos son diferentes.

Pondré algún ejemplo. Recuerdo que cuando tenía 23 o 24 años, ante mi incapacidad de comprender los ensayos de Georges Bataille, solía realizar un pequeño ejercicio con ellos. Abría una página al azar, leía una frase y la repetía varias veces en voz alta intentando hacerla conectar con lo que en ese mismo momento me estaba ocurriendo. Un juego que me permitió ir poco a poco caminando entre los abismos y desfiladeros del pensamiento de aquel místico. También recuerdo perfectamente un proceso que tuve muy en cuenta para intentar vislumbrar los últimos alcances de las narraciones de Franz Kafka. Como es bien sabido, el escritor checo era un judío askenazí. Así que no leía la Biblia (ni entiendo que ningún texto) de manera literal sino que analizaba cada versículo y palabra buscando todos los sentidos posibles. Puesto que, según la escuela a la que pertenecía, leer era una actividad abierta que nunca llegaba a completarse. Y, por consiguiente, cada texto debía desafiar continuamente a los lectores con la posibilidad de nuevas revelaciones y significaciones. Algo que el escritor checo, como sabemos, llevó al extremo hasta el punto de convertirlo en marca de su obra literaria. La cual tiene como denominador común su capacidad de provocar múltiples interpretaciones (muchas de ellas

contrapuestas y otras complementarias). Tantas y tan cambiantes que al final se ha convertido en un enigma en sí misma. Un misterio a la vista de todos que nadie logra descifrar.

Vuelvo a insistir en que si he citado el caso Kafka y el caso Bataille no ha sido para encontrar similitudes con mi experiencia con la novela de Ríos sino para apuntar con mayor claridad a sus diferencias. El asunto con *Larva* radica en que yo no hacía ningún esfuerzo por recibir los mensajes que el texto deseaba darme ni tampoco por descifrarlos. Simplemente, recibía una ducha diaria de palabras y adjetivos resplandecientes que de tanto en tanto parecían hablarme. Pero no me planteaba mi tarea de un modo intelectual. De hecho, mi labor era puramente técnica. Para entendernos, en cierto modo era parecida a la del mecánico de una motocicleta que, tras días enteros poniendo a punto el motor y cambiando filtros y aceite, recibe un mensaje del vehículo diferente pero tan válido como el de su propietario acostumbrado a viajar por distintos parajes sobre su asiento. De hecho, creo haber entendido mucho mejor el alcance del libro ahora que cuando lo leí como lector años atrás. Atento más a lo que decía que al cómo lo decía. Algo que, por otra parte, resulta casi indistinguible en el caso de *Larva*: un libro-océano de palabras que parecen encontrarse en constante movimiento. Flotar en medio de una lengua convertida en agua. Siendo natural por tanto que provoque efectos muy distintos a los de otras novelas.

En realidad, *Larva* puede ser leída de diversas maneras y de todas ellas no es la más interesante (y por supuesto tampoco la que menos) la que se empeña en proseguir su hilo argumental. De algún modo, *Larva* es un encuentro piel a piel de la literatura con los lectores. Ese es el gran mérito de Ríos. Haber escrito un libro que condensa todos los grandes libros y, al mismo, tiempo crece al margen de ellos. Los niega, los refunda, los homenaja y, al mismo tiempo, los ignora. Porque es un texto, repito, vivo. Su relación con el mundo exterior es parecida a la que mantiene una persona. Y, por tanto, sus emociones son cambiantes. No son fijas.

Larva siempre nos dice, señala, sugiere algo nuevo y diferente. Es una novela condenada a ello. No importa cuántas veces se la lea. Y lo que nos indica —como he aprendido corrigiéndola— no tiene que encontrarse previamente planificado por el escritor o tiene que ser puramente literario. Básicamente, porque es una güija que no conecta tanto con los espíritus muertos sino con la dimensión creativa y creadora del lenguaje. Con el amanecer de las palabras y con su combustión; el atasco vanguardista. Así que también puede ser visualizada como un lienzo cubista o una fragmentaria fotografía de la literatura. De hecho, yo muchas veces percibo que emergen destellos de colores de ciertas palabras y capítulos que terminan por completar algunos pasajes del libro que son más proclives a ser disfrutados que entendidos.

En fin. Antes de trabajar como corrector en *Larva*, pensaba en ella como un hito literario. Ahora sin embargo también la vislumbro como un crucigrama. Estoy casi seguro de que, a pesar de que no haya sido esa la intención de Ríos, podríamos utilizar cada una de sus páginas para realizar juegos diferentes. Algunos muy conocidos y otros aún no inventados. Porque es una novela que, como el amor, está naciendo constantemente. Renovando sus células, sangre, deseos e intenciones. Es una esponja que absorbe lo que toca y lo expulsa convertido en algo diferente; parecido al lenguaje (pero

también distinto) del que habitualmente usamos tanto en la vida cotidiana como en la literatura. Es, en definitiva, un destello. Un anagrama. Es la prueba de que las palabras son sexuales. Son microbios. Células vivas. Y que, además, tienen existencia por sí mismas. Así que lo lógico es que nos hablen y sorprendan constantemente. Otro asunto, claro, es saber qué nos desean decir. Qué nos quiere exactamente transmitir *Larva*. Según he creído vislumbrar durante mi trabajo como corrector, de momento, básicamente les basta con hacernos entender que saben más de nosotros mismos de lo que creemos. De hecho, nos conocen mejor ellas a nosotros que nosotros a ellas.

Referencias bibliográficas

RÍOS, Julián. *Larva. Babel de una noche de San Juan*. Madrid: Mondadori/Bolsillo, 1988.